

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—La viuda de un gran hombre, por A. Daudet.—Gaul Ossian, traduccion de V. Hugo, (continuacion).—El sueño, por E. Castañer.—Nuestro grabado, por X.—

GRABADO.—Vicente Mut. Copia de un dibujo antiguo.

LA VIUDA DE UN GRAN HOMBRE

POR ALFONSO DAUDET.



CUANDO se supo que se volvía á casar, á nadie le chocó. A pesar de todo su génio, quizá también á causa de su génio, el gran hombre la había hecho pasar quince años de una vida muy dura, sembrada de caprichos y de fantasías brillantes, de las que París se había ocupado en algunas ocasiones. Por el gran camino de la gloria que había recorrido triunfalmente y á toda velocidad, como todos los que mueren jóvenes, ella le había seguido humilde y temerosa, sentada en un rincon del carro, esperando siempre los choques. Cuando se quejaba, parientes, amigos, todo el mundo, se declaraba contra ella.—Respetad sus debilidades, la decian; son las debilidades de un dios. No le turbeis, no le trastorneis. Pensad que vuestro marido no os pertenece á vos solamente: pertenece más bien al país y al arte que á la familia... ¡Y quién sabe si cada una de esas faltas que le reprochais no nos ha valido obras sublimes!... Al fin, sin embargo, cansada de tanto aguantar, se insurreccionó, se indignó y fué injusta hasta tal punto, que en el momento en que el gran hombre murió, estaban próximos á entablar el divorcio y arrastrar su célebre nombre por la tercera página

de los periódicos que se ocupan de estos escándalos.

Después de las agitaciones de aquella desgraciada union, de las inquietudes de la última enfermedad y del golpe súbito de la muerte, que despertó por un momento la afeccion primitiva, los primeros meses de su viudez hicieron en la joven el efecto saludable y tranquilizador de una temporada de baños. El retiro forzoso, el encanto sosegado del dolor amortiguado la dieron á los treinta y cinco años una segunda juventud, casi tan seductora como la primera. Además, el luto la sentaba bien, y tenía la presencia respetable, un poco altiva, de una mujer que se ha quedado sola en el mundo con todo el honor de un gran nombre. Muy celosa por la gloria del difunto, aquella gloria maldita, que tantas lágrimas la había costado y que ahora aumentaba de dia en dia como una flor espléndida que se alimenta con la negra tierra del sepulcro, se la veía, envuelta en largos y tupidos velos, aparecer entre los directores de teatros y los editores, ocupándose en hacer que se volvieran á poner en escena las óperas de su marido, vigilando la impresion de las obras póstumas de los manuscritos no terminados, concediendo á todos estos detalles una especie de cuidado solemne y un respeto como de santuario.

En este momento la conoció su segundo marido. Era músico también, poco conocido, autor de valsos, de melodías y de dos operetas cuyas partituras, cuidadosamente impresas, habían obtenido tan pocas representaciones como venta. Con una figura agradable y una buena fortuna, que heredó de una familia excesivamente burguesa, tenía sobre todo el respeto supremo del génio, la curiosidad de los hombres célebres, y el entusiasmo sencillo de los artistas todavía jóvenes. Así, cuando le enseñaron la viuda del gran maestro, quedó deslumbrado. Era como si

se le apareciese la imagen misma de la musa gloriosa. Enamoróse de ella inmediatamente, y se hizo presentar en casa de la viuda, que empezaba á presentarse en sociedad. Creció su pasión con la atmósfera de génio que flotaba todavía en todos los ángulos del salon. Allí estaba el busto del maestro, el piano en que componía, sus partituras colocadas sobre todos los muebles, melodiosas con sólo mirarlas, como si entre sus hojas entreabiertas, las frases escritas resonasen musicalmente... El encanto real de la viuda, fijo en este recuerdo austero como en un cuadro que la realzaba, acabó de enamorarle perdidamente.

Después de haber dudado largo tiempo, el buen muchacho acabó por declararse, pero en términos tan humildes, tan tímidos... «Sabía lo poco que para ella era. Comprendía todo lo que la costaría cambiar su nombre ilustre por el suyo, desconocido y mezquino...» Y otras mil tonterías de esta especie. Ya os figurareis que la dama, en el fondo del corazón, estaba muy satisfecha con su conquista; pero fingió tener el corazón despedazado y tomó el aspecto desdeñoso y hastiado de la mujer cuya vida ha concluido, sin esperanza de volverse á reanudar. Ella, que nunca había estado tan tranquila como después de la muerte de un gran hombre, encontró todavía lágrimas para llorarle y un ardor entusiasta para hablar de él. Esto, como es de suponer, exaltó á su joven adorador y le hizo más elocuente y persuasivo.

En una palabra, aquella viudez severa terminó por un matrimonio; pero la viuda no abdicó, y continuó, aunque casada, más viuda del gran hombre que nunca, comprendiendo que á los ojos del segundo marido consistía en esto su verdadero prestigio. Como era ménos joven que él, para impedir que se apercibiera de ello, le abrumó con un desden, con una especie de piedad vaga. Pero él no se agraviaba por eso; al contrario, estaba muy convencido de su inferioridad, y encontraba muy natural que el recuerdo de semejante hombre se hubiese instalado despoticamente en un corazón. Para mantenerse en esta actitud humilde, leía algunas veces con él las cartas que el maestro la escribía cuando la hacía la corte. Esta mirada al pasado la rejuvenecía quince años y la daba la seguridad de la mujer bella, amada y mirada á través de todos los ditirambos amorosos y la exageración encantadora de la pasión escrita. Poco importaba á su joven marido que hubiera cambiado después: la adoraba bajo la garantía de otro, y sacaba de

ello no sé qué vanidad singular. Parecía que aquellas súplicas apasionadas se unían á las suyas, y que heredaba todo un pasado de amor.

¡Extraña pareja! Era curioso verlos en sociedad. Los encontré algunas veces en el teatro. Nadie hubiera reconocido á la joven temerosa, un poco tímida, que acompañaba en otro tiempo al *maestro*, perdida en la sombra gigantesca que aquél proyectaba en torno suyo. Ahora, erguida en el antepecho del palco, se exhibía, y atraía orgullosas todas las miradas. Hubiérase dicho que tenía sobre la cabeza la aureola de su primer marido, cuyo nombre resonaba á su alrededor como un homenaje ó un reproche. El segundo, sentado un poco detrás, con la fisonomía solícita de los que viven sacrificados, observaba sus menores movimientos, atento á servirla.

En su interior, esta extraña conducta era aún más notable. Me acuerdo de una reunión que dieron un año después de su matrimonio. El marido circulaba entre la multitud de sus invitados, orgulloso y un poco azorado al reunir en su casa tanta gente. La mujer, desdeñosa, melancólica, superior, era aquella noche la viuda de un gran hombre en toda su extensión. Tenía cierta manera de mirar á su marido por encima del hombro, de llamarle «mi pobre marido,» abrumándole con los deberes de la recepción, que venían á decir: «No sirves más que para esto.» En torno suyo se veía el círculo de los íntimos de otros tiempos, los que habían asistido á los brillantes estrenos del maestro, á sus luchas y á sus triunfos. Con ellos coqueteaba y se hacía la niña. ¡La habían conocido tan joven! Casi todos la llamaban con el diminutivo «Anita.» Aquello era como un cenáculo al que el pobre marido se aproximaba respetuosamente para oír hablar de un predecesor. Se recordaban los estrenos gloriosos, aquellas noches de batallas casi todas ganadas, las manías del gran hombre, su modo de trabajar cuando para inspirarse quería que su mujer estuviera á un lado adornada, descotada... «¿Os acordais, Anita?» Y Anita suspiraba y enrojecía...

De aquel tiempo databan sus bellas obras amorosas, *Savonarole* principalmente, la más apasionada de todas, con su gran dúo acompañado del resplandor de la luna, de los perfumes de las rosas y de los trinos del ruiseñor. Un entusiasta lo ejecutó al piano en medio de la emoción contenida. A la última nota de aquel admirable fragmento, la señora se deshizo en lágrimas. «Es superior á mis fuerzas, decía, No he podido oírlo

nunca sin llorar.» Los antiguos amigos del maestro, rodeando á su desgraciada viuda con sus simpáticas expresiones de sentimiento, acudían uno tras otro, como en las ceremonias fúnebres, á darle un nervioso apretón de manos.

«Vamos, vamos, Anita, valor.»

Y lo más gracioso es que el segundo marido, de pié al lado de su mujer, emocionado, traspasado de dolor, distribuía también apretones de manos y tomaba parte en el sentimiento.

—«¡Qué génio! ¡qué génio!» decía secándose los ojos.

Aquello era á la vez cómico y conmovedor.

GAUL.

POEMA DE OSSIAN.

(CONTINUACION.)

La noche estaba oscura, tempestuosa.
Las sombras recorrian las malezas
Dando gritos horribles. Los torrentes
Descendian rugiendo entre las peñas
Desde las altas cumbres. Rodó el trueno
Allá en el seno de las nubes negras,
Con un ruido espantoso, parecido
Al del escollo cuando el mar se encrespa,
Y arrebatadas por sus alas rojas
Recorrian el cielo las centellas.
Los héroes estaban reunidos
En el palacio espléndido de Selma,
Que es hoy ruina oscura y solitaria;
Una encina abrasada ardia entera
En medio de ellos, y su viva llama
Iluminaba el rostro de las bellas.
La copa recorrió todas las manos
Llena hasta el borde del licor que alegra,
Y cantaban los Bardos, y las virgenes
Arrancaban dulcísimas y trémulas
Notas ardientes de las arpas de oro,
Y el amor suspiraba entre las cuerdas.
La noche, adormecida, ya sus alas
Va retirando de la alegre fiesta.
Hacia el cielo miramos sorprendidos,
Y vimos que detrás de las estrellas
El alba blanquecina en el Oriente
Bañaba el monte con su luz incierta.
Fingal! Tu escudo ha resonado herido!.....
Cuán diferente desde entonces suena!
Ya los héroes su voz han escuchado,

Su voz que es parecida á la tormenta,
Y corren al guerrero llamamiento
Atravesando montes, rios, selvas.
Y Gaul? ya está presto á los combates,
Pero las aguas de Estrumon se aumentan
Y cambian en torrente impetuoso;
Cómo llegar á la ribera opuesta?
Vogábamos nosotros hácia Ifrona:
Combatimos, cobramos nuestra presa.
La victoria seguia nuestros pasos.....
Ah! porqué no aguardaste nuestra vuelta
Junto á tu rio, que los musgos bordan,
Oh tú! á quien se distingue en la pelea
Por el azul de tu radiante escudo?
Por qué, hijo de Morny, tu mente fiera
No enfrenó la voz ruda del combate?
Más, tu alma de gloria está sedienta,
Y no pierde ocasion para aumentarla,
Cuando el peligro llama ante su puerta.
Ya su barca Gaul ha preparado,
Que cortando las olas va ligera,
Y en pos del gefe á Ifrona se dirige.
La luz del alba borda y colorea
Las blancas nubes, cuando parte el héroe
Y al viento dá las palpitantes velas.
Quién es esa beldad jóven y erguida,
Sobre la roca donde el mar golpea,
Triste como el vapor de la mañana?
Los rizos de su negra cabellera,
A merced de la brisa van flotando.
Su mano blanca entre ellos se asemeja
A la espuma nevada de los rios.
Dos gotas de rocío, como perlas
Resbalan de sus ojos que se fijan
Sobre la barca en que Gaul se aleja.
Un niño que sonrie está suspenso
Junto á su hermoso pecho de azucena.
Ella le canta un aire cariñoso,
Pero un suspiro corta la cadencia.
Oh Evircoma! Tu canto se ha apagado!
Tus pensamientos con tu amado vuelan.
Se va borrando el barco entre la bruma.
Una nube sombría baja espesa,
Y te separa de él! Ya no distingues
El frágil leño que á tu amante lleva!
—«Oh! voga sin peligro, tú que hiendes
Esa mar espantosa y turbulenta!
Amado mio! Cuándo entre sus brazos
Te volverá á estrechar tu compañera?»
Evircoma pasea las orillas
Del Estrumon, pero su marcha es lenta;
El dolor se desborda por sus ojos
Y en su frente se posa la tristeza.

VARONES ILUSTRES DE MALLORCA.



VICENTE MUT.

Copia de un dibujo antiguo.

— 22 —
De Euzemio Muturo Rous su sus apices

Imájen de una sombra solitaria,
Que allá en la tarde plácida y serena,
Cuando el viento se calla en las colinas
Flota sobre el pantano de agua infecta,
Vá mirando hácia atrás, suspira y torna
Hácia las ondas su mirada inquieta.
—«Oh! voga sin peligro, tú que hiendes
Esa mar espantosa y turbulenta!
Amado mio! Cuándo entre sus brazos
Te volverá á estrechar tu compañera?»...
La noche, en la mitad de su camino,
Sobre el héroe arroja las tinieblas.
En los antros sombríos de las nubes
Se ha ocultado la luna macilenta,
Y en la estension oscura de los cielos
No abre el párpado azul ninguna estrella.
La barca de Gaul corta las ondas
Y pasa silenciosa entre la niebla.
Por eso no la vimos y tornamos
Hácia Morven plegando nuestras velas.
Aun está Ifrona oculta ante sus ojos
De la mañana entre la bruma espesa.
Gaul salta á la orilla, sorprendido
De no oír el rumor de la pelea.
Golpeando en su escudo resonante
A sus amigos llama, y no contestan.
—«Fingal! estás dormido sobre el campo?
Por qué la voz del hierro no resuena?
Estais en estas playas bravos héroes
De Morven?» ;Plegue al cielo que estuvieran!
Entonces aun te hubiera defendido
Esta lanza, ó su dueño en la contienda
Muerto quedára! Pero ya tan solo
Eres un trozo inútil de madera,
Baston del viejo, tú que en el combate
Fuiste rayo de Dios, lanza de Témora!
Yo era entónces la tromba que derriba
Al árbol magestuoso en su carrera,
Y los montes temblaban á mi paso.
Ay! no era Ossian como la encina vieja
Que el fuego de la nube hirió en la frente,
Y sola, rodeada de maleza,
Se conmueve al impulso de la brisa,
O bien desesperada se doblega
Bajo el peso del viento tempestuoso
Que en el rio derrumba su grandeza.
Oh no! Yo era gallardo como el pino
De Cona! Mi ramage á la tormenta
Entregaba sus hojas sonriendo,
Y en sus brazos quedaba prisionera.
A la voz de los vientos, sonora
Balanceábase mi copa inmensa.
Oh! Por qué yo no estuve junto al gefe

De Estrumon, cuando Ifrona en sus riberas
Contra él desató las tempestades?
Sombras ilustres de Morven, intrépidas
No correis á Gaul? Acaso el sueño
En vuestros lábios vierte el dulce néctar
Al crepúsculo débil que ilumina
Vuestra mansion fantástica y aérea?
O acaso allá en el bosque, entre los niños,
Estais jugando con las hojas secas,
Sin advertir á nuestros bravos héroes
Que al valiente Gaul la muerte acecha?
Mas no, sombras amigas de mis padres!
Dos veces recogimos nuestras velas
Que hácia Ifrona empujabais. Por dos veces
Sobre el mar agitado, entre la niebla
Vuestros gritos terribles resonaron,
Pero no comprendimos que era aquella
Vuestra solemne voz. Las enemigas
Sombras creímos ver, que á nuestra vuelta
Querian oponerse. Alzó la espada
Fingal, y vuestras ropas cenicientas
Desgarró, cuando en pliegues numerosos
Se fueron á posar en su cabeza.
—«Marchad—os dijo—sombras tenebrosas,
Marchad á perseguir en la ribera
Las flores de los cardos. Id á Ifrona,
Los hijos de los débiles ya esperan.
Que vayais á mezclaros en sus juegos!
Id! Las orillas de Morven me esperan!»
Vosotras, afligidas, poco á poco
Os fuisteis alejando entre las nieblas.
Vuestros suspiros tristes, parecian
El ruido que viene de las selvas
Y que sube rodando en las montañas
Cuando la grulla anuncia la tormenta.
Nosotros escuchamos como en sueños
El nombre de Gaul en las tinieblas.

(Se continuará.)

EL SUEÑO.

Es hijo del cansancio, esposo de la noche, hermano del silencio, y sostiene relaciones ilícitas con la pereza.

El bostezo es precursor del aburrimiento, y éste las más veces suele ser el correo de gabinete del sueño.

El trabajo es una senda segura para llegar á él, pero algo larga y penosa.

En cambio una comida espléndida, seguida de

unas cuantas botellas de Jerez ó Champagne, y un buen veguero de la Vuelta de Abajo... es el tren *express* que por entre risueños panoramas nos conduce á sus brazos.

Si os recostais en el regazo de Venus, despertareis á los piés de Morfeo, por ser Citerea la única amiga nocturna que visita al sueño.

Baco envidia al esposo de la noche, y para atraer sus secuaces brinda tambien, despues de apurar sus sabrosos dones, con el reposo.

Pero este sueño que Baco ofrece, es falsificado; sin contar que los que á él se aficionan corren el peligro de dormir con monas.

Los jugos de ciertas plantas narcóticas muy conocidas proporcionan un sueño artificial que no satisface.

El manzanillo y algunos otros árboles que abundan en América, sobre todo en los Andes, donde se les conoce con el nombre de *moles*, exhalan efluvios que, inficionando el ambiente, aletargan al que próximo á ellos respira el aire que los rodea.

Pero estos vegetales, llamados de sombra mortal, llega á conocerlos el hombre, y huye de ellos con más facilidad que de la mala sombra de un *ingles*. Al éter, y más aún al cloroformo, de uso muy comun en las operaciones quirúrgicas para producir la anestesia, se les puede considerar como lágrimas de Morfeo con cuyo uso se evita el dolor en esos actos cruentos.

El fluido magnético es otro de los medios capaces de hacer circular por nuestro sér esas misteriosas corrientes del sueño á cuya influencia se cierran lentamente los párpados; plácida voluptuosidad embarga nuestros sentidos, y las ideas, quebrándose al nacer, se pierden entre sombras.

Pero para llegar al sueño por el magnetismo animal se necesita que el magnetizante sea un sér de bastante fuerza fluidica, y que el que se somete á la experiencia reuna condiciones de receptividad especiales, que son:

Un temperamento nervioso muy excitable (recomiendo algunas suegras).

Gran fé en el magnetizador.

Y sobre todo... muchas ganas de dormir.

Cualquier individuo, en tales circunstancias, duerme, pero sin que este sueño magnético le conceda la soñada doble vista intelectual.

El ensueño es el resultado de la *actividad* de algunos centros nerviosos que, despertándonos ántes que sus compañeros, y no sabiendo qué hacer, comienzan á funcionar para no aburrirse.

Al hablar así admitimos la localizacion de las facultades intelectuales iniciada por Gall.

Todos sueñan; baste, pues, decir que la base de todos los ensueños son impresiones que hirieron vivamente nuestra sensibilidad, ó fragmentos de ideas concebidas con anterioridad, que esos centros madrugadores tengan caprichosamente, resultando las más de las veces una combinacion absurda.

El insomnio es generalmente azote terrible de aquellos á quienes abruman dolores ó remordimientos; y de los que abusan de los trabajos mentales.

El sueño y el insomnio son enemigos implacables y eternos; pero este último es más ilustrado que el primero, aunque nada más sea por la sociedad que frecuenta, mostrando especial predileccion por los literatos artistas y grandes hombres.

Los locos no suelen dormir.

Todas las manifestaciones del placer, ya sea éste material ó físico, suelen ser agradables; únicamente la del sueño es monótona, discordante, insufrible. Cuando más á gusto se duerme es cuando más fuerte se ronca; y no hay sonido más inarmónico que el ronquido.

—Ese maravilloso aparato,—decia mi amigo B***,—que el hombre posee para la articulacion de los sonidos le eleva sobre todos los animales. ¡Lástima que el ronquido le degrade!

—¿Por qué?

—Porque esa grosera batuta del sueño le asemeja á un paquidermo gruñon por naturaleza.

Y añadía:

—¿Se admite roncar en sociedad? No, porque sería faltar á la educacion; pues bien: es tal el desprecio que me inspira un sér que ronca, que si mi mujer tuviese ese defecto, me divorciaría, evitando de este modo que me faltara...

EDUARDO CASTAÑER.

NUESTRO GRABADO.

Al reproducir en nuestras columnas el retrato del ilustre historiador mallorquin D. Vicente Mut, creemos más prudente que dar notas biográficas en las que nada nuevo podríamos decir, insertar la biografía que del erudito continuador de Da-

meto figura en el tomo III de la Historia General del reino de Mallorca escrita por D. Juan Dameto, D. Vicente Mut y D. Gerónimo Alemañy, y continuada por D. Miguel Moragues y D. Joaquin María Bover.

Este recomendable historiador fué hijo de don Juan Odon y de D.^a María Armengol: nació en Palma á 25 de octubre de 1614. Habiendo cursado humanidades en el colegio de jesuitas, y dedicándose al estudio de las matemáticas y jurisprudencia, entró en la carrera militar, en la que por sus buenos servicios le honró S. M. con la plaza de sargento mayor, que en aquella época era uno de los mejores empleos de la milicia de Mallorca. Los Jurados del reino, que conocian el relevante mérito, la capacidad y varia instruccion de Mut, no vacilaron en dar un digno sucesor á D. Juan Dameto, cuando su fallecimiento, y le nombraron cronista general del reino, seguros del acierto en tan delicada eleccion. Mut correspondió completamente á sus esperanzas. Su *historia del reino de Mallorca*, (continuando la que habia publicado Dameto) compuesta á la mitad del siglo XVII é impresa en 1650, es el fruto principal de sus tareas literarias, y un monumento indeleble que dará gloria á su nombre hasta la posteridad mas remota. Si no se encuentra en esta obra tan prolija y antigua erudicion como en la de Dameto, el autor suplió con la asidua y cuidadosa leccion de los archivos, y con minuciosas investigaciones, aquel ornato muchas veces redundante. En el estilo siguió algun tanto el gusto decadente de aquella época, pero este defecto queda compensando por el carácter de verdad que brilla en su narracion histórica. Tal es nuestro juicio, idéntico al del autor de las *Descripciones de las islas Baleares y Pitiusas*. Mr. Andres Grasset de S. Sauveur en su viage de las islas Baleares, discours. prel. página IX, dice: «En la obra de Mut se encuentran preciosos detalles relativos á la administracion interior de la isla. Este escritor consultó con una aplicacion estremada los archivos de Mallorca.» Mas tacha su estilo de algun tanto hinchado, y su narracion por interrumpida frecuentemente con largas reflexiones: defectos propios de su tiempo. Záyas en sus *Anales de Aragon*, parte 2.^a cap. 76, fol. 517, llama á Mut *clarisimo y diligente cronista de los de Mallorca*.

Concluido este volumen se dedicó á reunir materiales para el tercero, que ha dejado manuscrito con sentimiento de los aficionados á este ramo del saber. Este tomo, segun insinúa en el prólogo del segundo, comprendia la demarcacion

general de las Baleares y de cada una de sus ciudades y villas; el nobiliario mallorquin, el derrotero, un tratado de estadística, otro de los descubrimientos arqueológicos y numismáticos, y una narracion de los sucesos memorables.

En 1651 la ciudad y reino de Mallorca le diputó á la córte, juntamente con su amigo y compañero inseparable D. Rafael Talladas, para representar á S. M. sobre inmunidad eclesiástica; y desempeñada su comision, dió á la prensa un opúsculo en fólío sobre este asunto. Igualmente desempeñó con acierto los empleos de contador é ingeniero con que le condecoró S. M., y prestó á su patria importantes servicios hasta 27 de abril de 1867, en cuyo dia terminó su carrera, sin haber dejado sucesion en su única consorte D.^a María Custurer.

A más de las obras espresadas dejó escrito: *De sole Alfonsino*.—*Tratado de arquitectura militar*, impreso en Mallorca en 1645, un tomo en 4.^o—*Relacion del estafermo que se corrió en Mallorca el domingo 10 junio de 1647*, con motivo de las paces hechas entre la nobleza mallorquina que se hallaba desunida desde los acontecimientos de 1499, formando los dos encarnizados bandos de *Cánamunts* y *Cánavalls*. Tenemos una copia de esta obra que quedó inédita, de cuyo contenido daremos razon en el curso de nuestra historia.—*Vida de la U. M. sor Isabel Cifra fundadora del colegio de la Crianza*, impresa en esta ciudad año 1655, un tomo en 4.^o—*El príncipe en la guerra y en la paz*. Madrid 1640.—*Relacion de la ejecucion de la talla impuesta en Mallorca sobre bienes de realengo en el año 1654, por los gastos del contagio*, impresa por Gabriel Guasp en 4.^o

Diligente investigador, crítico juicioso, historiador imparcial, anticuario erudito, hábil canonista, matemático escelente, y aun inventor de muchos instrumentos de esta ciencia, á dicho de algunos escritores, Mut es uno de ellos, cuyo nombre se estendió fuera del estrecho círculo de su patria, y se ve estampado con elogios en los escritos de los PP. jesuitas Juan Bautista Riccio, Claudio Francisco Millet, los Bolandistas, el P. Vicente Tosca, Chales, don Vicente del Olmo, D. Miguel Ramon Sabater y otros sabios de diversas naciones.